

<sup>3</sup> Hace aquí alusion el Santo á la vision que tuvo su madre santa Mónica el año 373 ó 374, en la cual se le representó una regla en que ella y su hijo estaban, como refirió el santo Doctor en el lib. III, cap. XI, núm. 20.

---

---

## LIBRO IX.

Vase Agustin con su madre y los demás compañeros á la quinta de Verecundo. Renuncia á la cátedra de retórica, y se ocupa en escribir libros. Despues á su tiempo vuelve á Milan, donde con Alipio y Adeodato recibe el Bautismo. Desde allí dispone volverse á África en compañía de su madre y de los demás. Despues refiere la vida de su santa madre, y su muerte acaecida en el puerto de Ostia. Finalmente cuenta piadosa y elegantemente su sentimiento y llanto, como amante y buen hijo de tal madre.

---

### CAPÍTULO I.

*Reconociendo Agustin su miseria, alaba la suma bondad de Dios.*

1. Yo, Señor, puedo decir con David, *soy vuestro siervo; yo soy vuestro siervo, é hijo de una sierva vuestra. Ya que habeis hecho pedazos mis prisiones, quiero por tan grande be-*

*neficio tributaros sacrificio de alabanzas.* Alábeos mi corazón y mi lengua, y todos mis sentidos y potencias digan : *Señor, ¿quién hay semejante á Vos? y Vos, Señor, dignaos de responderme, decid á mi alma: Yo soy tu salud.*

¿Quién soy yo, y qué tal he sido? ¿Qué les ha faltado de iniquidad á mis obras; cuando no á mis obras, á mis palabras; cuando no á mis palabras, á los deseos y afectos de mi voluntad? Pero Vos, Señor, conmigo procedisteis como bueno y misericordioso: vuestra mano me fue tan favorable y poderosa, que me sacó de lo profundo de la muerte en que estaba sumergido, y agotó la maldad de mi corazón, que estaba hecho un abismo de corrupcion é iniquidad. Todo esto se reducía á que yo no quisiese ya lo que antes quería, y quisiese lo que Vos queráis. Pero durante toda aquella multitud de años, ¿dónde estaba mi libre albedrío? ¿de qué profundo y escondido seno hubo que sacarle repentinamente, Redentor y favorecedor mio Jesucristo, para que libre y voluntariamente sujetase mi cerviz á *vuestro suave yugo*, y mis hombros á vuestra ligera carga?

¡Oh cuán dulce y gustoso se me hizo repentinamente el carecer de unos deleites que no eran mas que simplezas y vanidades! Pues si antes me daba susto el perderlas, despues me daba gusto el dejarlas. Porque Vos, Señor, que sois la verdadera y suma delicia, las echábais fuera de mi alma; y no solamente las echábais fuera, sino que en su lugar entrábais Vos, que sois dulzura soberana y superior á todos los deleites, aunque imperceptible por los sentidos de la carne y sangre: entrábais Vos, que sois mas claro, hermoso y trasparente que toda luz, aunque mas escondido y secreto que todo cuanto hay secreto y escondido: entrábais Vos, que sois mas excelso, sublime y elevado que todos los honores, aunque no para aquellos que se tienen por grandes en sí mismos.

Ya mi alma se veía libre de los cuidados que causa la ambicion de las dignidades, la codicia de los intereses, el deseo de saciar sus apetitos, y de hallar medios con que avivarlos y excitarlos á los deleites sensuales; y solo me gustaba hablar de Vos, que sois mi gloria, mis riquezas, mi salud, mi Dios y mi Señor.

CAPÍTULO II.

*Dilata Agustín renunciar la cátedra de retórica hasta que llegasen las vacaciones del tiempo de la vendimia.*

2. También determiné, habiéndolo considerado delante de Vos, que me convenia dejar la cátedra de retórica que regentaba, pero no luego al punto y arrebatadamente; sino irme poco á poco retirando de aquella ocupacion, en que con el ministerio de mi lengua hacia comercio de la locuacidad; para que de allí adelante no comprasen de mi boca las armas de la elocuencia los jóvenes estudiantes; que en lugar de aprovecharse de ellas para la observancia y cumplimiento de vuestra ley, y para conservar vuestra paz, habian de emplearlas en cavilaciones engañosas explicando su furor en las contiendas de los tribunales.

Á esta mi determinacion favoreció la oportunidad, pues faltaban ya pocos días para las vacaciones de las vendimias: resolví aguardar aquel poco tiempo para retirarme públi-

ca y solemnemente; y no volver á vender mi enseñanza y doctrina, despues que me habia rescatado vuestra gracia.

Este mi designio era solamente manifesto á Vos y á los amigos y familiares que vivian conmigo; pero respecto de los demás estaba reservado. Todos nosotros habíamos convenido en que no se divulgase nuestro intento; no obstante que Vos, Señor, á los que ya íbamos *subiendo desde este valle de lágrimas*<sup>1</sup>, y cantando alegremente *el Cántico de los grados* que cantan los que suben hácia Vos, nos habíais armado y prevenido de las *saetas agudas, y encendidas ascuas* que sirven para resistir á las *lenguas engañosas* de los falsos amigos, que so color de dar consejo se oponen á nuestros buenos intentos, y con pretexto de amarnos nos destruyen, así como acostumbra la lengua hacer con el manjar, que por quererle, le deshace y consume.

3. Las saetas de vuestro amor y caridad habian traspasado ya mi corazon, y tenia atravesadas vuestras palabras en lo íntimo de mi alma: además de eso, los ejemplos de vuestros fervorosos siervos, que vuestra gracia habia hecho pasar de las tinieblas á la

luz, y de la muerte á la vida, reunidos todos en el seno de mi memoria é imaginacion, eran como unas brasas encendidas, que quemaban y consumian todo el material pasado de los afectos terrenos, para que su gravedad no me arrastrase á las cosas de este mundo: ardia ya en mi corazon tan activo fuego, que cualquier aire de contradiccion que saliese de semejantes bocas y lenguas engañosas, mas pudiera servir para avivarle que para extinguirle.

Por otra parte, siendo la santidad de vuestro nombre tan conocida y alabada en todo el mundo, es cierto que aquel buen deseo y determinacion que habíamos tomado, tendria tambien muchos que lo alabasen y aplaudiesen: así podria parecer especie de jactancia no aguardar aquel poco tiempo que faltaba para las vacaciones; sino antes de que llegasen renunciar la cátedra y retirarme enteramente de aquella mi profesion de retórica, que era pública y patente á los ojos de todos. Esto seria llamar la atencion de los que vieran el hecho de mi renuncia y dimision, dándoles motivo de que hablasen mil cosas, y dijesen que determinadamente lo

habia anticipado á las vacaciones que estaban tan próximas, para que se hablase de mí, y fuese reputado por persona de provecho, ó por un grande hombre. ¿Y qué necesidad tenia yo de darles motivo de hablar así, de que se pensase de mí con variedad, de que se disputase sobre mi intencion, y se hablase mucho y mal de nuestro bien?

4. Fuera de que tambien en aquel mismo verano experimentaba que el pulmon se me habia comenzado á fatigar y ceder á mi excesiva aplicacion y trabajo: con la difícil respiracion y dolores del pecho significaba estar algo lastimado, por manera que no me dejaba hablar en voz alta ni por mucho tiempo. Eso al principio me dió algun cuidado, viéndome casi obligado ya por necesidad á dejar la carga de enseñar la retórica, ó á lo menos á interrumpir por algun tiempo la enseñanza, mientras procurase curarme y convalecer. Pero bien sabeis, Dios mio, que luego que en mi corazon nació y se confirmó aquel deseo de dejarlo todo, y entregarme únicamente á Vos, y á meditar que Vos sois mi Dios y mi Señor, comencé tambien á ale-

grarme, por tener esta excusa verdadera con que templar el sentimiento de los hombres, que por el amor de sus hijos no querian que yo me viesse nunca libre de la obligacion y carga de enseñarlos.

Lleno, pues, de esta alegría iba aguantando aquel espacio de tiempo, hasta que se acabase de pasar, que no sé si eran veinte días cabales los que faltaban; pero los toleré constantemente: pues aunque ya me habia dejado la codicia, que era la que me ayudaba antes á llevar aquel pesado empleo, sucedió la paciencia en su lugar á darme fuerzas, para que el peso no me oprimiese enteramente llevándole yo solo.

Puede ser que algunos de vuestros siervos y hermanos míos digan que hice mal, y pequé en aguardar aquel poco tiempo: que teniendo ya mi corazón lleno de deseos y determinaciones de seguir la milicia cristiana, no debia haber permanecido ni estar sentado siquiera por una hora en la cátedra de la mentira.

No porfio sobre esto. Pero vuestra infinita misericordia, Dios y Señor mío, ¿no me ha

perdonado ya tambien este pecado, juntamente con todos los demás tan horrendos y mortales, en las santas aguas del Bautismo?

NOTA.

<sup>1</sup> Alude el santo Doctor ya al salmo LXXXIII, 7, donde se dice: *Beatus vir, cujus est auxilium abs te, ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum*: ya tambien al salmo CXIX, que es el primero de los quince que se llaman graduales, y son los que componen el *Cántico de los grados* que dice aquí san Agustín, y yo he traducido para explicarlo mas, *el cántico de los grados, que cantan los que suben hácia Vos*; porque acostumbraban cantarse subiendo las quince gradas que tenia el templo de Salomon; cuya subida figuraba la que hacen los hombres de virtud en virtud para irse acercando á Dios, y en esto se ocupaba Agustín y sus compañeros entonces. Tambien es verosímil que por aquel tiempo los rezase muchas veces con sus compañeros despues de haberse convertido: y esto es lo que da á entender todo este pasaje, como dice Wangnereck.

CAPÍTULO III.

*Como Verecundo le cedió á Agustín una casa de campo en que viviese, mientras llegaba el tiempo de recibir el Bautismo.*

5. Verecundo, muy amigo nuestro, que estaba casado con una cristiana aunque él no era cristiano todavía, sabiendo nuestro buen propósito y la resolución que habíamos tomado, se consumía de pena y sentimiento; porque veía que le era forzoso privarse de nuestra compañía por la multitud de sus negocios é impedimentos, de que no podía desprenderse y desembarazarse; y especialmente porque siendo casado, era la mujer una carga que le oprimía y estorbaba mucho mas que todo, el poder seguir nuestro camino, y abrazar el género de vida que habíamos comenzado. Además de esto, él decia que no queria ser <sup>1</sup> cristiano, sino de aquel modo que para él no era posible. Pero nos ofreció con toda benignidad y franqueza una casa de campo que tenia para que la habitásemos todo el tiempo que nos habíamos de detener en Milan.

Dignaos, Señor, de pagarle esta buena obra en la resurrección de los justos, supuesto que ya le concedisteis ser contado entre ellos. Pues cuando estábamos ya en Roma, aunque ausente de nosotros, se hizo cristiano en una enfermedad que padeció, y partió de esta vida marcado con el sello de la fe; en lo cual, Señor, no solamente tuvisteis misericordia de él, sino tambien de nosotros, para que no fuésemos continua y cruelmente atormentados con la pena y dolor intolerable de no poder contar en vuestro rebaño á un tal amigo, que tan generosa y excelentemente se habia portado con nosotros.

Gracias á Vos, Señor, que somos de los vuestros, como lo dan á entender las mismas exhortaciones que nos haceis, y los mismos consuelos que nos dáis. Como tan fiel en vuestras promesas, esperamos que por aquella heredad que nos cedió Verecundo, llamada Casiciaco, en la que descansamos en Vos de las fatigas del siglo, despues de haberle perdonado los pecados que cometió en este mundo, le daréis la eterna amenidad de vuestro paraíso que nunca se marchita, por estar co-

locado en aquel monte pingüe, monte vuestro, monte fertilísimo.

6. Angustiábase, pues, con nuestra determinacion el amigo Verecundo; pero se alegraba extremadamente Nebridio. Porque si bien este tampoco era cristiano todavía, y cayera antes en el pernicioso error de creer que el cuerpo de vuestro Hijo, que es la verdad por esencia, era aparente y fantástico<sup>a</sup>, no obstante ya habia salido de él, bien que permanecia sin recibir Sacramento alguno de los preparatorios<sup>a</sup> que usa vuestra Iglesia, con todo de ser grandísimo y vigilantísimo indagador de la verdad. Poco despues empero de nuestra conversion y regeneracion por vuestro santo Bautismo, se hizo tambien él católico cristiano, y vuelto al África, vivió entre sus parientes observando continencia y castidad perfecta, habiendo hecho cristianos á todos los de su casa, cuando fuísteis servido de sacarle de esta vida, y ahora vive en el seno de Abrahan.

Sea lo que fuere lo que se entiende y significa por aquel seno<sup>a</sup>, en él vive mi Nebridio, allí vive mi dulce amigo, á quien Vos,

Señor, primeramente sacásteis de la sujecion de esclavo<sup>a</sup>, y despues le hicísteis hijo adoptivo vuestro. Porque ¿qué otro lugar correspondia á una alma como la suya? Ahora, pues, vive él en aquel seno, acerca del cual solia él preguntarme muchas cosas, siendo yo un hombrecillo ignorante y sin experiencia de ellas. Ya no aplica sus oidos á mi boca para escuchar mis respuestas; sino que como eternamente bienaventurado, pone la boca de su alma á la fuente inagotable de la vida, que sois Vos, y bebe cuanto quiere y cuanto puede de vuestra infinita sabiduría. Pero juzgo que por mucho que se embriague bebiendo sin cesar de ella, no se ha de olvidar de mí; cuando Vos, Señor, que sois esa misma fuente de que él bebe, os acordais de mí.

Así, pues, nos hallábamos entonces, por una parte consolando á Verecundo, que sin faltar á la amistad se entristecia del método de vida que abrazábamos por nuestra conversion; y al mismo tiempo exhortándole á que abrazase vuestra fe y os sirviese en aquel grado que le correspondia, esto es, en el mismo estado del matrimonio en que se hallaba; mientras por otra parte aguardábamos

que nos acompañase Nebridio, que facilísimamente podía ejecutarlo, y estaba ya para hacerlo sin demora. Con esto se pasaron finalmente aquellos días que se me hicieron largos y muchos, por el deseo que tenía de verme desocupado, para cantaros con todas las potencias de mi alma: *Señor, mi corazón os ha dicho que yo he buscado la luz de vuestro rostro: vuestro rostro, Señor, he de buscar.*

NOTAS.

<sup>1</sup> No quería Verecundo abrazar el Cristianismo, sino siguiendo aquel método de vida que Agustín y los suyos habían proyectado, y libre de la compañía de su mujer; y como esto no podía ser viviendo ella, por eso decía que no quería ser cristiano sino de un modo que no le era posible.

<sup>2</sup> Ya se dijo en el lib. IX, cap. X, que uno de los errores de los Maniqueos era negar que Cristo hubiese tomado verdadero cuerpo; error que ellos tomaron de otros herejes más antiguos, y particularmente de los *Docetos*.

<sup>3</sup> Llámense Sacramentos preparatorios para el Bautismo, los exorcismos, las señales de la cruz que se hacían sobre los catecúmenos, la sal misteriosa que se les daba; todo lo cual por ser cosas sagradas y misteriosas pueden llamarse Sacramentos prepa-

ratorios, que es la frase con que también se explica el P. J. M.

<sup>4</sup> San Gregorio Nazianceno en la oración fúnebre de san Cesario dice lo mismo, y casi con las mismas palabras que san Agustín: *Vos, dice, descansais en el seno de Abraham; sea lo que fuere aquel lugar feliz.*

<sup>5</sup> El Santo dice de Nebridio, que por Dios fue hecho *ex liberto filius*: en lo cual alude á las leyes de los romanos, que les permitían hacer de sus esclavos, *libertos* ó libres (que no hay en castellano otra voz con que poder significarlo de una vez); y á estos podían imponerles sus mismos nombres honorosos, contarlos entre su familia, y hacerlos herederos de sus bienes en todo ó en parte. Como á Nebridio le sacó Dios del error y servidumbre del demonio que le tenía como esclavo, fue esto hacerle *liberto* ó libre por el Bautismo; fue hecho de *liberto* hijo adoptivo, porque por la gracia consiguió la adopción de los hijos de Dios, y herederos de su gloria.

CAPÍTULO IV.

*De los libros que escribió, despues de retirado con todos los suyos á la dicha heredad de Casiciaco: de las cartas á Nebridio: efectos que experimentaba leyendo los Salmos, y como sanó milagrosamente de un vehemntísimo dolor de dientes.*

7. Llegó por fin el día en que efectivamente habia de exónerarme del empleo de maestro de retórica, como ya lo estaba con la intencion y la voluntad. Efectuóse la dimision de dicho empleo, con lo cual sacásteis á mi lengua de las prisiones y grillos de que ya habíais sacado mi corazon; y yo lleno de gozo y dándoos muchas gracias por ello, me retiré á la quinta de Verecundo con todos los amigos <sup>1</sup>.

Los libros que allí compuse, ya de las materias que trataba y controvertia con mis compañeros, ya conmigo <sup>2</sup> solo y en presencia vuestra, y las cartas que escribí á Nebridio, que estaba ausente, testifican la clase de estudios en que me ocupaba entonces, pues

todas aquellas obras las escribí y ordené á vuestro servicio, no obstante que conservan todavía algun resabio de la escuela de la vanidad, lo cual puede compararse con aquel jadear ó difícil respiracion del que va corriendo, que le dura aun despues de estar parado.

Pero ¿qué tiempo bastaria para que yo refriese por menor los grandes beneficios que Vos me hicisteis en todo aquel tiempo; especialmente metiéndome mucha prisa el deseo de llegar á referir otras mayores mercedes? Porque me está llamando, y me deleita verdaderamente el acordarme, Señor, y publicar ahora con qué interiores estímulos domásteis mi ferocidad, de qué modo allanásteis en mí los montes y collados de mis altivos pensamientos, enderezásteis mis caminos torcidos, y suavizásteis los ásperos y fragosos: de qué modo tambien á Alipio, hermano de mi corazon, le sujetásteis al nombre de vuestro unigénito Hijo, Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, cuyo nombre no queria él antes que sonase en mis escritos; gustando mas de que oliesen á las soberbias doctrinas de los filósofos, cedros <sup>3</sup> que el Señor

habia quebrantado, que á las saludables yerbas de las doctrinas sagradas, cuya virtud ahuyenta las serpientes ponzoñosas.

8. ¡Qué voces os daba yo, Dios mio, cuando hallándome desocupado en aquella quinta, no obstante ser todavía catecúmeno, rudo y bisoño en amaros con verdadero amor, acompañado de Alipio, que era tambien catecúmeno, y de mi madre, que era por el traje mujer, por la fe varonil, por su ancianidad segura, por su maternidad amorosa, por su piedad muy cristiana, me ocupaba en leer los Salmos de David, cánticos llenos de las verdades de nuestra fe, cantares que inspiran piedad y devocion, y excluyen todo espíritu de soberbia y vanidad! ¡Qué voces os daba yo, Señor, leyendo aquellos Salmos, y cómo ellos me inflamaban en vuestro amor y encendian en vivísimos deseos de irlos publicando por todo el mundo, si me fuera posible, contra la hinchazon y soberbia del género humano! Bien sé que ya se cantan en todo el universo: verificándose en esto tambien, que *no hay quien se esconda de vuestro calor y luz.*

¡Con cuán vehemente y vivo sentimiento

me indignaba contra los Maniqueos, porque tan locamente procedian contra aquel antidoto que podia curar las dolencias de su alma! aunque por otra parte me daba lástima que ignorasen aquellos misterios, que eran las medicinas mas conducentes á su salud. Quisiera que hubieran estado allí en un sitio inmediato, que sin saberlo yo hubieran visto entonces mi semblante, y oido las voces que daba para explicar los sentimientos y afectos que en mi alma habia producido la lectura del cuarto salmo, cuando le leí en el tiempo y lugar que he dicho, repitiendo estas palabras: *Luego que comencé á invocaros, Dios mio, principio y causa de toda mi justicia, luego al punto fue mi súplica bien oida y despachada de Vos: cuando me estrechaban las tribulaciones, me desahogásteis colocándome en espaciosa anchuras. Tened, Señor, misericordia de mí, y concededme lo que os pido en mi oracion.* ¡Ojalá que ellos hubieran oido todas las cosas que yo entonces mezclé entre estas palabras! Pero lo habian de haber oido, sin saber yo que me oian, para que no juzgasen que lo decia porque ellos me escuchaban. Porque, á la verdad, ni yo hubiera acertado

á decir tan buenas cosas, ni las hubiera dicho de aquel modo y con tan vivos afectos, si conociera que ellos me estaban viendo y escuchando. Y داد caso que las hubiera dicho, y del mismo modo, ellos no hubieran sacado de mis palabras tanto provecho como diciéndolas yo á mis solas, y hablando conmigo mismo en presencia vuestra, movido solo del natural afecto de mi alma.

9. Bien sabeis, Padre amantísimo, que me horroricé temiendo vuestra justicia, y tambien me enfervoricé esperando y alegrándome mucho en vuestra misericordia: que estos mismos afectos se me salian por los ojos y boca, cuando en el mismo salmo leí aquellas palabras que dice vuestro Espíritu Santo hablando con nosotros: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de tener tan pesado y terreno el corazon? ¿Para qué amais la vanidad y buscais la mentira?* Porque yo me hallaba comprendido en esto, pues habia amado la vanidad y buscado la mentira; por eso ignoraba lo que allí dice el Profeta; esto es, que Vos, Señor, ya habíais glorificado á vuestro Santo, resucitándole de entre los muertos, y colocándole á vuestra diestra,

para que desde allí enviase al divino Consolador, Espíritu de verdad, segun lo habia prometido, y como efectivamente ya le habia enviado. Ya le habia enviado, porque ya él habia sido glorificado, resucitando de entre los muertos y subiendo á los cielos; que si *hasta entonces el Espíritu Santo no habia sido dado, era porque Jesucristo no habia sido hasta entonces glorificado.*

El real Profeta clamaba: *¿Hasta cuándo habeis de tener pesado el corazon? ¿Para qué amais la vanidad y buscais la mentira?* Sabed que el Señor ha glorificado ya á su SANTO. Primero clama diciéndonos: *¿Hasta cuándo?* Despues vuelve á clamar y decirnos: *Sabed.* Y yo que fui por tanto tiempo ignorante, que amé la vanidad y busqué la mentira, por eso me estremeí todo al oír aquellas palabras, por acordarme muy bien de que yo habia sido tal como aquellos á quienes se dirigian. Porque en aquellos fantasmas que yo habia abrazado en lugar de la verdad, no habia otra cosa que vanidad y mentira. Por eso dije entonces muchas sentencias graves y fuertes hasta en el modo de decirlas, por el sentimiento y dolor que me causaba acordar-

me de aquellas cosas. ¡Ojalá que las hubieran oído los que todavía perseveran amando la vanidad y buscando la mentira! Puede ser que al oírme se hubieran conmovido tanto, que llegasen á vomitar aquel veneno; y Vos, Señor, los hubiérais atendido, cuando clamasen á Vos y confesasen que padeció por nosotros verdadera muerte en un cuerpo real y verdadero, el mismo que ahora *os ruega y pide por nosotros*.

10. Allí tambien leia: *Servios de vuestra ira para no pecar*. Esto, Dios mio, ¡cuánto me conmovia, por haber aprendido ya á enojarme contra mí por mis pasados desórdenes, para no volver á pecar en adelante! Y era justo enojarme contra mí, porque estaba plenamente convencido de que no era otra naturaleza del linaje de las tinieblas, distinta de la mia; la que pecaba en mí, como enseñaban aquellos que no se irritan ni enojan contra sí mismos; pero *van atesorando contra sí vuestros enojos para el dia de la ira*, que es el dia de la manifestacion de vuestro justo juicio.

Tampoco miraba ya estas cosas exteriores, como si fueran los verdaderos bienes á que

debía aspirar, ni buscaba mi felicidad en estas cosas visibles á los ojos corporales, y que se registran con la luz del sol. Porque aquellos herejes que querian ser felices gozando de estas cosas corpóreas y exteriores, con facilidad se ven burlados, y se vuelven inútiles y vanos sus deseos: como derraman su corazon y le entregan totalmente á estas cosas visibles que duran poco y las consume el tiempo, no tienen mas recurso que estar como lamiendo con la lengua de su hambrienta imaginacion las especies ó imágenes que de aquellas cosas han quedado en ella. Ojalá, que siquiera acosados del hambre, llegasen á decir: *¿Quién nos manifestará los bienes sólidos y verdaderos?* para que entonces les digamos, que atiendan al real Profeta que dice: *Señor, la luz de vuestro divino rostro está grabada en nuestro corazon*. Porque nosotros no somos aquella luz que alumbra á todos los hombres; sino que somos iluminados de Vos, para que *los que antes éramos tinieblas, seamos luz en Vos*.

¡Oh si ellos vieran en su interior aquel bien eterno que yo habia comenzado á gustar! Me deshacia y consumia, considerando

que me era imposible hacérsele ver á ellos, aunque me preguntaran y dijeran : *¿quién nos manifestará los verdaderos bienes?* mientras me presentasen un corazón como el suyo, que solo cree y asiente al informe de sus ojos, y busca solamente los bienes fuera de Vos. Porque allá en lo mas íntimo de mi alma, donde yo me enojé contra mí mismo \*, donde sentí una verdadera compuncion, donde os habia ofrecido y sacrificado mis antiguas costumbres, y esperando en vuestra gracia habia comenzado á pensar en hacer vida nueva; allí mismo fue donde Vos, Señor, comenzásteis á darme á conocer vuestra dulzura, y á *llenar mi corazón de alegría.*

Al mismo tiempo que con los ojos del cuerpo iba leyendo estas cosas, y con los de mi espíritu las iba conociendo, prorumpia en varias exclamaciones, ordenadas á no querer dividir mi corazón, amando la diversidad y multitud de los bienes terrenos, en que precisamente habia de gastar yo tiempo, y los tiempos me gastarían á mí; siendo así que hallaba y tenia en la simplicidad de un bien eterno otra suerte de *pan, vino y aceite* que alimenta eternamente las almas.

11. También cuando leia el verso que se sigue, exclamaba de lo mas profundo de mi corazón diciendo aquellas palabras : *¡ Oh paz! ¡ oh inalterable descanso!* ó lo que expresa el Profeta con decir : *¡ En esa paz y descanso dormiré y gozaré de un consuelo delicioso!* Porque ¿quién se nos opondrá, cuando llegue á cumplirse aquella sentencia que consta en la Escritura : *Quedó la muerte aniquilada y convertida en victoria* \*? Vos, Señor, sois *ese mismísimo Ser*, que nunca puede mudarse; y en Vos es donde se halla ese descanso perfecto que hace olvidar todos los trabajos; pues Vos sois el único que me establecisteis y disteis seguridad en aquella esperanza que mira á Vos solamente, y no aspira á conseguir esa varia multitud de cosas, que no son lo que Vos sois.

Estas cosas leia en aquel salmo, y leyéndolas me enardecia; pero no hallaba cómo darme á entender á aquellos herejes tan sordos como muertos, de cuya pestífera secta habia sido yo antes, cuando poseido de aquella amargura y ceguedad habia ladrado con-

\* San Agustin lee aquí, *in victoriam.*

tra las Escrituras sagradas, que comunican una dulzura que es como una miel del cielo, y una luz y resplandor que es vuestra misma luz: por eso me abrasaba la ira, me consumía el enojo, de que hubiese quien contradijese á tan divina Escritura.

12. ¿Cuándo podré recordar ni referir todos los beneficios y dulzuras que experimentó mi alma en aquellos días que estuvimos allí desocupados? Pero no tengo olvidado ni quiero pasar en silencio el riguroso azote con que me castigó vuestra justicia, y la admirable prontitud con que me remedió vuestra misericordia. Dispusisteis, Señor, que me acometiese un gran dolor de dientes, que me mortificaba sobremanera: y habiéndose agravado tanto que ya no podía hablar, se me ofreció al pensamiento el pedir á todos mis amigos que me acompañaban, que rogasen por mí á Vos, que sois Dios y Señor de toda la salud. Escribí esto en una tabla encerada y se la dí á ellos para que lo leyesen. Y lo mismo fue ponernos de rodillas para hacerlos la súplica, que desaparecerse enteramente aquel dolor. Pero ¡qué dolor era! ¡y qué repentinamente desapareció! Confieso,

Dios y Señor mio, que me quedé atónito y espantado, porque en toda mi vida no habia experimentado semejante cosa. Este admirable suceso grabó en mi corazon la idea que yo debia formar de la eficacia de vuestro poder; y alegrándome mucho de la fe que ya tenia en Vos, alabé vuestro santo nombre. Pero esta misma fe no me dejaba tener seguridad y quietud á vista de mis pecados anteriores, que todavía no se me habian perdonado por medio de vuestro santo Bautismo.

NOTAS.

<sup>1</sup> A la quinta Casiciaco, que era propia de Verecundo, acompañándole su madre, Alipio y otros, entre los cuales se han de contar su hijo Adeodato, Navigio su hermano; Trigeccio y Licencio, paisanos y discípulos suyos; Lastidiano y Rústico, sus primos, y tambien Evodio, como él mismo dice en los libros *de Ordine, de Vita beata, y contra Academicos*. Durante su estancia en Casiciaco fue cuando vió el monasterio que habia fuera de Milan, de donde volvió muy edificado del método de vida que tenian aquellos solitarios, como él refiere en el lib. *De moribus Eccles.*, 33.

<sup>2</sup> Los primeros de que el Santo habla son los que acabo de nombrar en la nota 1; estos segundos, que dice los compuso hablando consigo mismo, fueron

los *Soliloquios*, que los escribió inmediatamente despues de los otros citados.

<sup>3</sup> Llama cedros á los filósofos, para significar la soberbia y vanidad de sus doctrinas, por la mucha altura y elevacion que tienen los cedros: dice que el Señor los habia ya quebrantado, para significar que ya no le llevaban la atencion, ni hacia caso de ellos, y alude á lo del salmo XXVIII, 5: *Et confringet Dominus cedros Libani.*

<sup>4</sup> A vuestro Santo, esto es, á Cristo, que es por antonomasia el Santo, y el Santo de los Santos.

<sup>5</sup> Habla del enojo que concibió contra sí, despues de haber oido toda la relacion de Ponticiano; como se dijo en el lib. VIII, cap. VII.

## CAPÍTULO V.

*Consulta con san Ambrosio, sobre qué libros sagrados le seria mas conveniente leer.*

13. Concluido el término de aquellas vacaciones, avisé á los magistrados de Milan, que proveyesen á sus estudiantes de otro maestro de retórica, ya porque habia determinado ocuparme en vuestro servicio, ya porque no podia continuar en aquel ministerio á causa de la difícil respiracion y dolor que padecia en el pecho. Tambien escribí al

santo prelado Ambrosio mis pasados errores y extravíos, y los buenos deseos con que al presente me hallaba, á fin de que me dijese cuáles de vuestros Libros sagrados me convendria mas leer, para mejor disponerme y prepararme á recibir dignamente una tan grande gracia como la del Bautismo. Él me mandó que leyese al profeta Isaías; y creo que lo hizo así, porque entre los demás Profetas este es el que anuncia con mayor claridad la doctrina del Evangelio, y la gracia de la vocacion de los gentiles. Pero yo no habiendo entendido bien lo que leí la primera vez en Isaías, y creyendo que todo lo demás estaria tan oscuro para mí y tan dificultoso de entender como lo primero, dejé de continuar en aquella lectura con ánimo de volver á ella, cuando estuviese mas hecho al estilo y lenguaje de la sagrada Escritura.